



El Jardín del Caos

By Eduardo Lucero Müller

Aris y Vesper se encontraban en el Observatorio del Tiempo, un lugar donde las leyes del universo se sentían como un susurro constante. Aris sostenía un viejo reloj de arena que, inexplicablemente, fluía hacia arriba. "La entropía es el destino final de todo", comentó Vesper mientras observaba una estatua que se desmoronaba lentamente frente a ellos. Explicó que la entropía no es solo desorden, sino una medida de cuán dispersa se vuelve la energía; es la razón por la cual el calor nunca vuelve a la llama y por la cual las cosas tienden a romperse, pero nunca a recomponerse solas.





"Es la flecha del tiempo", añadió Aris, dejando el reloj sobre una mesa de piedra. "Nos dice que el pasado es diferente al futuro porque el universo siempre se vuelve más caótico". Vesper observó una gota de tinta caer en un vaso de agua; vio cómo se dispersaba en hilos oscuros hasta teñirlo todo de gris. Una vez mezclada, la tinta jamás volvería a ser una gota pura. Ese camino de ida, ese incremento irreversible del desorden, es lo que define el paso de los segundos en el cosmos.

Vesper se acercó a un pequeño brote verde que crecía en una grieta del suelo frío. "Pero la vida es extraña, Aris. Es una rebelión". Explicó que, mientras el universo se desmorona, los seres vivos crean orden. Consumimos energía — luz solar, alimentos, oxígeno— para construir estructuras complejas dentro de nosotros mismos. Somos máquinas que bombean el caos hacia afuera para mantener un jardín de orden en nuestro interior, luchando segundo a segundo contra la corriente de la entropía.



Aris se unió a ella, pero su mirada era más sombría. "Ese orden tiene un precio, Vesper. Para que esta planta crezca o para que nosotros pensemos, tenemos que quemar energía, y al hacerlo, liberamos calor al entorno". Señaló una gran maquinaria que zumbaba en la esquina del observatorio. "Nuestras civilizaciones son iguales. Construimos ciudades magníficas y redes de datos, pero cada ladrillo que ponemos genera un desorden mayor fuera de nuestras fronteras".



Vesper comprendió la advertencia. El cambio climático no era solo un error político, sino una manifestación física de la entropía a gran escala. Al consumir recursos de forma desenfrenada para mantener nuestro estilo de vida ordenado y tecnológico, estamos volcando una cantidad inmensa de calor y desorden en la atmósfera. "Estamos acelerando la flecha del tiempo", murmuró ella, viendo cómo un mapa holográfico de la Tierra mostraba manchas rojas que se expandían como la tinta en el agua.



Aris caminó hacia los controles del observatorio. "Si seguimos así, el desorden externo devorará el orden interno que hemos intentado proteger". Explicó que la entropía siempre gana a largo plazo si no hay un equilibrio entre lo que construimos y lo que destruimos. El planeta es un sistema cerrado que está empezando a sobrecalentarse porque nuestra 'producción de orden' es demasiado ruidosa, demasiado costosa para el ambiente que nos sostiene.



Vesper miró hacia el cielo estrellado a través del telescopio. Sabía que, en un futuro extremadamente lejano, la entropía alcanzaría su máximo. Las estrellas se apagarían, los átomos se separarían y el universo se convertiría en un mar frío y uniforme de nada. "La muerte térmica", susurró. Era el silencio absoluto donde ya no habría energía disponible para crear nada nuevo. Un destino donde el tiempo, finalmente, perdería su sentido.



Aris se sentó a su lado y sacó un pequeño cuaderno. Empezó a dibujar un patrón complejo, una red de líneas que formaban un rostro humano. "Si el final es el silencio, ¿por qué nos esforzamos tanto?". Vesper sonrió, entendiendo a dónde quería llegar. Crear arte, escribir una canción o simplemente organizar una idea son actos de desafío puro. No importa que el universo tienda al caos; el hecho de que hayamos decidido crear algo hermoso hoy es una victoria contra la nada.



Se levantaron juntos, dejando atrás el Observatorio del Tiempo. La entropía seguiría su curso, las estrellas morirían y el clima cambiaría, pero ellos llevaban consigo la chispa de la creación.

Entendieron que ser humano es ser un arquitecto del orden en un océano de caos. Cada acto de amor, cada obra de arte y cada vida protegida es el mensaje más valioso que podemos dejar grabado en la flecha del tiempo antes de que esta llegue a su fin.